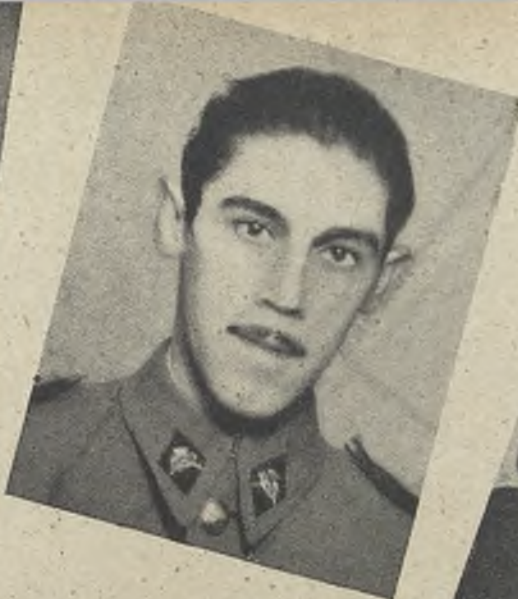




Lolita Pérez-Camarero



Manuel Valeiras



¿Qué dudas sienten ante los exámenes?

Explicado por varios estudiantes

Por JOSE ALTABELLA

... las galas, que la presenten a los ojos ajenos como enigmático personaje, hermana de la Inquietud, madre del Misterio y novia del Desasosiego. ¡Ah! Pero a nosotros, reporteros curiosos de las vidas y de los paisajes, no nos va a burlar con tamaños disfraces. Y presa en las redes de su coquetería, desnuda de sus múltiples artificios, vamos a presentarla a los lectores, en boca de algunos estudiantes, quienes por haberla sufrido tienen un derecho legítimo a reconocerla y a desenmascararla. Es pues, esta encuesta, el reflejo de la gracia y desgracia de un interesante momento escolar, explicado por varios estudiantes, a quienes hemos preguntado: ¿Qué dudas sienten ante los exámenes?

... que cuando lo hicieron iban cargados de razón. Si no es por la misericordia grande de un profesor que aporreó en septiembre el piano para que no se oyeran mis gritos fuera de tono, aun no habría aprobado. ¡Que Dios bendiga eternamente al hombre misericordioso!

HERMES KRIALES CASTRILLO

Hermes Kriales es un mocito veinteañero, estudiante del Conservatorio y futuro Sarasate. Yo le recuerdo haber actuado en veladas y fiestas particulares hace más de diez años, cuando el violín se perdía entre la delicadeza de sus pequeños dedos. Su precocidad de entonces se ha trocado en un espíritu de aplicación y trabajo que le hace hoy un estudiante ejemplar.

Me contesta a la encuesta:

—El examen es una oportunidad. Como toda oportunidad, naturalmente, exige un equilibrio nervioso al que nosotros, los estudiantes, no llegamos en ocasiones más que a vislumbrar como una tierna esperanza. Mis dudas se dirigen totalmente como un plexo compacto, porque dentro de esa variada gama de sensaciones que se experimentan hay sólo una inquietud: la de quedar mal. Lo que he podido observar es que esos rasgos duros, de caras desnaturalizadas, y hasta grotescamente trágicas, se van diluyendo a medida que el examen pasa, y cuando la nota rebulle saltarina en nuestras manos, recordamos unos rasgos ligeros, y hasta unos rostros empáticos y acogedores que tienen muy poco de común con aquellos otros. ¡Hay que ver lo que influye en nuestra imaginación una papeleta de examen!...

—Y por lo que se refiere a vosotros particularmente, los estudiantes de Música, ¿cuáles son vuestras dudas?... —Nosotros sentimos quizá más inquietudes que el resto de los demás universitarios. Muchos se preguntan por qué. Voy a explicarlo. En nosotros no sólo influyen las cosas concretas, porque si bien no se trata de recordar, de forzar la memoria, si hay que emplear bien el ritmo y el oído. Por otro lado, si a un estudiante de Ciencias, por ejemplo, le tiembla el pulso, el accidente no pasa más allá de una letra nerviosa o de una página mal escrita; pero en nosotros es distinto. Un dedo mal puesto puede echar a perder todo un pasaje. Una cuerda o una clavija que se afloja resta interés al conjunto e influye en la decisión profesional al calificar. Así, pues, toda esta variada proporción de accidentes y contratiempos presenta, por su complejidad y complicación, un margen más amplio para nuestras inquietudes y un mar insondable para hacer flotar en él nuestras dudas.

LOLITA PEREZ-CAMARERO

Esta burgalesa, morena y simpática, que se llama Lolita Pérez-Camarero, estudia quinto curso de la carrera de Derecho. Es seguro que cuando estas líneas vean la luz ya será licenciada. Es delegada de curso del S. E. U. Colabora en varias revistas, como escritora, y acaba de vender a G. A. I. S. S. A. un guión cinematográfico del que es autora, titulado *Opereta en Castilla*.

Conoce varios idiomas, es enfermera puericultora y aun le queda tiempo para practicar los deportes, especialmente la equitación.

—¿Qué dudas sienten ante el examen?

Lolita se pone a pensar, la mano apoyada en la mejilla. A los pocos segundos, contenta, exclama:

—¡Ah! ¡Ya está! Sí, recuerdo una del último año de bachiller. Me examinaba de Historia Natural con don Celso Arévalo, que seguramente no se acordará de mí ni de este hecho. Eran los exámenes extraordinarios de enero, para los que nos faltaban una o dos asignaturas para acabar los estudios. Yo tenía apenas trece años, y la verdad, no es porque esté yo delante, pero eran unos trece años bastante birrias, pues no parecían ser más de diez. Me preguntan. Yo, muy serietica, digo la lección, y cuando termino y espero toda satisfecha el consabido «Está muy bien; puede usted retirarse», de repente Arévalo da un golpe en la mesa y se enfada conmigo, preguntando muy indignado a sus auxiliares: «¿Se puede saber para qué querrá acabar el Bachiller este camino?...» Bueno: es que yo debía ser una niña precoz, de esas que «sueltan» toda la lista de los reyes godos en visita. En aquel momento dudé si hubiera sido mejor irse a remar al Retiro que examinarse de platemintos y otros bichos así...

Pérez-Camarero, la hija del celebrado escritor y hombre de cine, hace una pausa, se mira al reloj de pulsera, me mira sonriente, como pidiéndome excusas, y termina:

—Bueno: me dejas la palabra y fijate... No se puede ser tan habladora. En resumen: de los exámenes, lo único que me preocupa es que se terminen. Porque esto quiere decir que hay que formalizarse, que hay que casarse o aprenderse la Ley Hipotecaria para sacar una notaria... Pero no lo pongas en duda: prefiero lo primero.

VICTORINO BRAGADO DE VIVAR

Enfrascado en arduos temas de Derecho Internacional encuentro a este muchacho, que este año terminará su carrera. Aunque a él le da cierto pudor modesto en confesarlo, él es un «empollón», de esos que se saben las lecciones con puntos, comas y hasta con las notas marginales. Se escuda en bromas.

—¿Qué dudas tienes ante los exámenes?—le interrogo.

—Todas nuestras dudas reales, metódicas o faltas de método, se condensan en tres: no saber nunca si sabemos algo el día antes del examen, decir a todo el mundo que dudamos pueda aprobarse ninguna asignatura, y dudar de que la hemos aprobado hasta tanto que un bedel—tan maldecidos si tardan en dar la hora durante el curso—, en forma de ángel, nos entrega el aprobado que nos autoriza a... no seguir estudiando.

DELIA TOITIÑO

Entre los finos dedos de Delia Toitiño, un libro de versos de Rosalía de Castro, su ilustre paisana. Esta morena estudia Filosofía y Letras, y cuando le voy con la pregunta de las dudas ante el examen, responde:

—¡Cuidado! Habría que hablar mucho. Tengo numerosas dudas, innumerables más bien. Al llegar ese momento decisivo de la vida escolar, todo se borra de mi memoria y quedo cual «tabula rasa»—no lo sé fijo, pero me inclino a creer que el filósofo a quien se le ocurrió esta teoría se debió de referir a estos momentos tan desagradables de la vida estudiantil—. Además, y por si esto fuera poco, a mi imaginación acuden, y por cierto nada tran-

quilizadoras, las muchas lecciones no estudiadas del programa, haciéndome abrir libros y más libros, todos al mismo tiempo, y leer páginas y más páginas de mil materias diversas, hasta que mi cabeza es un caos de ideas, que bullen y se agitan en tropel enloquecedor. Todo gira y da vueltas a mi alrededor, y como una sonámbula avanzo hacia el imponente tribunal, constituido por graves y sesudos varones encargados de descubrir mis gravísimos yerros y pecados en materias científicas. Abrumada materialmente por el «Doña» tan descomunal con que me han obsequiado—lo menos correspondiente a una setentona—, no tengo más remedio que sentarme. Y ya con cierta serenidad los voy examinando poco a poco. Me infunden más tranquilidad los profesores fuertes, corpulentos, incluso alguna vez, con grandes bigotes negros, en extremo irritables y que dan puñetazos en la mesa...

MANUEL VALEIRAS

Por los frios pasillos de la Central encuentro a este buen amigo, estudiante de Derecho y técnico de radio, por más señas. Hace compatibles el trabajo manual con el intelectual. Pero él, pese a todo, sueña con las glorias del foro. Y estudia, estudia con ahínco la carrera para dedicarse al ejercicio como criminalista.

—¿Tú qué dudas sienten ante el examen, Valeiras?

—Desde luego, más de una. Y alguna bastante fastidiosa, no creas.

—Enuméralas.

—¿También...? Desde luego, la que más me atormenta es pensar cuál es la lección que me ha de tocar explicar. Y la duda ésta nace de otra duda mayor y más angustiosa: si la sabré o no la sabré. Porque leerlas, desde luego, aunque sólo haya sido una sola vez, las he leído todas. Por ese lado estoy tranquilo; palabra.

—¿Cuáles hay más que recuerdes en este momento?

—La de si tendré que volver en septiembre y me parará de ver el campo en el verano; la de si pensaré lo mismo el día que sea catedrático, si es que algún día puedo serlo; la de si podré tener nuevas pruebas de que hay tribunales benévolo; la de si padeceré una amnesia temporal mientras dure el examen... ¡Eso de no tener mucha confianza en mi memoria me hace dudar bastante...!